

Imprescindible leer primero (no abrir el resto del libro)

¿Por qué está usted hojeando este libro y preguntándose si merece la pena leerlo?

Me permito sugerirle un ejercicio manual —casi insólito— que le permita tomar una decisión final. Le pido que abandone ya esta primera página, que no siga leyendo y dirija la mirada al índice del libro y lea con atención todas y cada una de las frases. Al final de su lectura quiero que se responda a sí mismo ¿estoy de acuerdo con todas o la gran mayoría de las afirmaciones?

Usted, como todos, como cada uno, tiene ideas preconcebidas cocinadas durante años con amigos de escuela, compañeretes de trabajo, o con sus hijos, ideas que vienen de sus padres, de su novio o compañera, y que se confirman diariamente en tertulias radiofónicas, en telediarios, y en los periódicos que compra o lee en internet. Son ideas que, normalmente, comparten con usted una mayoría de personas de su entorno más cercano o que, incluso, confirman encuestas oficiales, privadas o improvisadas.

Estas ideas son las piezas más importantes del mecano que articulamos a través de nuestras palabras y con ellas de ariete tratamos de convencer a aquellos que habitan territorio comanche, es decir el lugar donde viven las minorías y las perspectivas diferentes. En algunos casos estas ideas de multitudes, además, tienen una buena base teórica e histórica, y, con el tiempo, adquieren la categoría de verdad colectiva.

Un ejemplo. Yo crecí en un país que cambiaba muy rápidamente de una dictadura que no conocí hacia la democracia que tenemos.

Por décadas nos sentimos (quizá todavía sentimos), como ciudadanos, orgullosos de esta transición, me recuerdo a mí mismo con una pegatina «Viva el Rey» en mi carpeta de mal estudiante universitario expresando gratitud al monarca por evitar un golpe de estado. El consenso, la flexibilidad, la renuncia a ciertos principios, el olvido de lo que ocurrió por más de cuarenta años, eran orientaciones de toda una clase política condecorada por la historia y las instituciones. Presidentes, ex presidentes, ministros, preministros, padres (no hubo madres) de la Constitución, viajaban alrededor del mundo explicando las bondades de nuestro sistema, un modelo, decían, para los países de América Latina, para los europeos de medio pelo, los del este.

Hoy sin embargo ya no creo como entonces creía. La transición española de la dictadura a la democracia no fue modélica ni modelo para el resto del mundo, retorció los derechos y fue injusta con millones de personas, me avergüenzo de ello, y, afortunadamente, su estela no ha sido seguida después prácticamente por ningún otro país en similares circunstancias.

Y le digo más, estos treinta años de democracia (siempre incompleta) no han cerrado nuestras heridas de guerra porque éstas son profundas y nunca han se han saneado al aire libre de la verdad. Los orígenes de nuestra libertad se basan en un enorme injusticia y un clamoroso silencio, y, al final, lo injusto y lo acallado vuelven, siempre vuelven.

Si al final decide adentrarse en esta selva de mentiras, tópicos y medias verdades, encontrará que tiro con palabra a las ideas tótem que hacen la vida de una sociedad muy confortable. Debo decirle que, a veces, por lo tanto, la lectura no será placentera. Quizá se indigne en algunos momentos, y una sensación de incomodidad saltará de los ojos al cerebro, haciendo que cierre el libro y se prometa a sí mismo no abrirlo nunca más. Pero a veces también esta lectura, espero, le llevará al lugar donde se esconden los descubrimientos tardíos. Allí viven las sorpresas, los retos intelectuales, los asaltos afectivos, y encontrándolos, uno puede tener el valor de darse a sí mismo una vuelta parcial y cambiar la forma de mirar el mundo, la historia y comprender, conmovido, alguna de sus partes.

Por tanto lo que le estoy pidiendo es un ejercicio probablemente insólito en su vida: adentrarse voluntariamente en la posibilidad de negar algunas de sus ideas más sólidas. No hay que hacerse ilusiones, esta aventura de abandonar el fuerte de las opiniones incuestionables y adentrarse en el inhóspito territorio comanche de las ideas puede tener consecuencias en su vida, no debe ser ingenuo. Nunca ha sido fácil la vida de los que piensan contra corriente.

Los políticos deben hacer siempre lo que le pide la gente

La afirmación que preside, confortablemente mayoritaria, esta página, suena, en principio, lógica, democrática, respetuosa de deseos colectivos, inapelable, pero esconde injusticia, demagogia, insensatez, cadáveres, y decenas de preguntas de respuesta dudosa.

¿Cómo definir «gente», «pueblo»? Esta definición es esencial para saber lo que pide la gente... ¿Qué límite geográfico poner a esta definición? ¿El límite de una nación, de una comunidad autónoma, de un ayuntamiento? ¿Podríamos pensar en grande, en continente, en mundo? Robert D. Kaplan en *Viaje a los Confines de la Tierra* cuestiona los límites: «Y si, en realidad, no hay cincuenta y pico naciones en África, como sugieren los mapas? Y si no hay más que seis, siete u ocho verdaderas naciones en el continente? ¿O, en vez de naciones, varios cientos de entidades tribales?».

Además ¿podríamos poner límites temporales, espaciales, ideológicos a «gente» o «pueblo»? ¿Qué es hoy el pueblo español o el pueblo murciano o el pueblo vasco? Si definimos con sencillez «personas que viven en España, Murcia o las tres provincias vascas, ¿no es cierto que estos tres pueblos han cambiado radicalmente en los últimos treinta años? Hoy España tiene un 10 por ciento de población inmigrante, en el kiosco de mi barrio venden periódicos de la mitad de América Latina, en Murcia hay colonias enteras de ecuatorianos y en el País Vasco miles de personas nunca nacieron allí.

Y Europa, ¿qué es Europa?, ¿hay un pueblo europeo?, ¿lo formamos 10, 15 o 25 países?, ¿son los turcos un pueblo europeo?, ¿y

los kurdos qué son?, ¿hay un pueblo yugoslavo o pueblos como el montenegrino, el kosovar, el serbio, bosnio o esloveno? ¿sabe usted diferenciar un paquistaní de un indio?, ¿existe un pueblo latinoamericano, casi bolivariano que diría Chavez? ¿Forman este pueblo común el boliviano que mastica coca en el altiplano, el mapuche chileno o el argentino de la calle Corrientes? ¿Cómo definir un pueblo y por lo tanto lo que pide y piensa?

El proceso de la llamada —y ya enterrada— Constitución Europea Nunca Entrada en Vigor es un ejercicio interesante para intentar definir qué es el pueblo y lo que piensa colectivamente. Solo los «pueblos locales» de Francia y Holanda la han rechazado en referéndum mientras la mayoría de los «otros pueblos locales», bien en referéndum directo, bien a través de sus parlamentos, aceptaron el texto constitucional. Otros gobiernos frenaron su aprobación hasta que se reinventó el proceso el año 2007 y pareciera que nos encaminamos hacia una Constitución de Bolsillo.

¿Por qué entró en caída libre la ambición de una Constitución Europea? En mi opinión por no considerar pueblo a los millones de personas en veinticinco países que, en su mayoría, querían esta Constitución. Y así «el pueblo europeo» recuperó fronteras, se dividió en pueblo español, británico, francés e italiano y por las alcantarillas nacionales se perdieron derechos que no volverán en la nueva Constitución de Bolsillo.

¿Es en realidad «el pueblo quien habla y elige» cuando en elecciones generales irreprochablemente libres de muchos países europeos la abstención, en la mayoría de los casos, es superior en número al resultado obtenido por el partido votado mayoritariamente? ¿No sería más correcto decir que una minoría elige a su gobierno mientras la mayoría ni siquiera habla y se manifiesta?

¿Y en el caso de una buena parte de América Latina en el que el voto es, además de secreto, obligatorio y si no votas te imponen una multa? ¿Es correcto decir que el pueblo ha elegido libremente a sus gobernantes o más bien que el pueblo es coaccionado para desafiar la lluvia, votar y elegir a sus autoridades políticas? Cuando el voto no es obligatorio, no hay más que ver los resultados... Por

ejemplo en las elecciones presidenciales del año 1999 en Guatemala sólo votó el 53 por ciento de la población con derecho a hacerlo y en las elecciones de 2007 disminuyó el porcentaje y acudió a votar menos del 50 por ciento de los que se habían registrado para hacerlo.

Supongamos por un momento que logramos acotar a millones de personas como pueblo único en un límite geográfico determinado... ¿Cómo saber lo que quieren colectivamente?, ¿por las encuestas? Y, además, ¿en qué momento medir el cerebro colectivo y que valga como mandato imperativo de millones de personas a su gobierno y a sus políticos?

Miles de personas —tripas, vísceras— se manifiestan en Perú reclamando el regreso de la muerte de estado, específicamente para violadores de menores y terroristas. El presidente, Alan García, desde un balcón, alimenta intestinos, bilis y, como los demagogos que siempre han sido a través de la historia, ejerce como sumo sacerdote de los deseos populares: «el pueblo no quiere venganza, el pueblo quiere justicia», y sigue, con tono paternalista, «no puedo acallar el clamor del pueblo de Perú. Prometí instaurar la pena capital durante la campaña electoral y quiero ser honesto y leal al pueblo».

¿Qué debe hacer el político entonces? Alan García afirma que el 85 por ciento «de los hogares peruanos» —¿encuestarán también a niños de teta, mascotas, sobrinos, suegras, novios y abuelas?— desea fusilar a violadores y terroristas. ¿Debe seguir el mandato de tripas del pueblo o hacer caso al Tribunal Constitucional de Perú —«la iniciativa es inconstitucional independientemente de lo popular que sea»— y a la historia de la humanidad que demuestra la inutilidad de dar bala a los asesinos? ¿Debe medirse el cerebro colectivo de la opinión pública en Perú justo después de que el presidente se haya asomado al balcón? ¿Debe obedecerse su mandato justo después de la violación de una niña?

¿Y en el caso de España? Junto al paro, que sigue siendo la principal amenaza para la vida de los españoles, el Centro de Investigaciones Sociológicas, en su barómetro de noviembre de 2006, indicaba que la primera preocupación del 40 por ciento de los españoles

era, por primera vez, la inmigración, justo después de recibir, durante meses, el impacto de cientos de imágenes repetidas de miles de subsaharianos a bordo de pateras y cayucos, llegando, húmedos y apagados, en un número sin precedentes, a playas de Canarias y Andalucía. Dos años antes las principales preocupaciones de la opinión pública eran el temor al desempleo (una única constante fija), el miedo al terrorismo de ETA, y la falta de acceso a una vivienda digna. El temor a la inmigración era el miedo más arraigado solo para un 19 por ciento de los encuestados.

Tres meses después, en febrero, el principal problema de los españoles era de nuevo la amenaza de ETA. ¿No cree usted que la opinión pública cambió de rumbo por la voladura del estacionamiento de la terminal 4 en Barajas y la muerte de las dos personas que esperaban dormidas la llegada de sus familiares? La inmigración, de nuevo por el efecto del invierno que arrincona las pateras y los cayucos en las playas, bajaba de nuevo en el «hit parade» de los problemas de los españoles.

¿Los sondeos realmente miden la pureza colectiva de nuestro pensamiento colectivo? Los sondeadores elaboran perfiles de los entrevistados, sus costumbres, su nivel económico y diseñan, pregunta a pregunta, el perfil medio del votante. Con este votante tipo elaboran la pócima que resulta en la «opinión pública». Esta opinión pública muchas veces no es más que el reflejo de la propaganda política y social, y también de la publicidad.

Por ejemplo, un sondeo del año 1995 en seis países del mundo —Alemania, Australia, Estados Unidos, Gran Bretaña, India, Japón— reflejaba que el 85 por ciento de los encuestados reconocía el logo de Mc Donalds correctamente y solo el 54 por ciento identificaba la cruz como símbolo de los cristianos.

Esta opinión pública de pensamiento inducido se transforma, finalmente, en una mayoría, cocinada en las encuestas, y habla, a través de empresas repletas de sociólogos y estadísticos, con un mínimo margen de error, reclamando cambios en políticas gubernamentales, o consolidando tendencias positivas de ese mismo gobierno. A veces, incluso, esa masa porcentual del x por ciento expresa colectivamente

te las preocupaciones de una sociedad temerosa, o, en momentos puntuales, revela, incluso, esperanza. Por ejemplo la preocupación de la gente por el terrorismo de ETA entre febrero y marzo 2006 bajó un 7 por ciento, en un solo mes, según el Centro de Investigaciones Sociológicas. La razón: el alto el fuego permanente que nunca fue de ETA, la esperanza de dejar de ver morir.

Entonces, una vez cocinado todos los datos por estos gurús civiles, aparecen las mayorías, lo que opina el pueblo finalmente revelado. Esta revelación es un milagro cotidiano que se manifiesta en centenares de encuestas de todo tipo midiendo la «supuesta temperatura del pueblo». Y el pueblo habla, a través de encuestadores y cuestionarios, y entonces uno se siente extraño, solo, si no comparte este «pensamiento mayoritario», y el entorno te recuerda, sutilmente, que debes ir en la misma dirección que el resto.

Paul Watzlavick, un gran especialista de la comunicación, describe magistralmente esta soledad de los indecisos: «La voluntad de renunciar a la propia independencia, de trocar el sentimiento de los propios sentidos contra la sensación confortable, pero deformante de la realidad, de estar en armonía con el grupo, es claro está, el alimento con el que se nutren los demagogos».

A veces, obviamente, la opinión mayoritaria, a través de sondeos y exploraciones, llega al absurdo, al surrealismo, y me recuerda a esa célebre expresión popular anarquista: «somos todos moscas, comamos mierda». En el año 2000, una encuesta de la revista estadounidense *Popular Science* revelaba que el 45 por ciento de los norteamericanos estaba seguro del hecho incuestionable de la visita de alienígenas a nuestro planeta.

Nos sentimos a veces rara avis cuando no compartimos la opinión mayoritaria de la gente expresada en sondeos irrefutables. Por ejemplo me conmueve que solo el 0,3 por ciento de la población, según el barómetro de julio de 2008, cree que el problema que más le afecta son las «preocupaciones y situaciones personales». Es decir, la cercanía de la muerte, el temblor de la soledad, el abandono de los hijos, de la pareja, nos afecta menos que la posibilidad de que nos toque de cerca un atentado de ETA.